

HECHOS EN SU IMAGEN, PERO CAÍDOS DE LA GRACIA

LECTURA DE FONDO



Los seres humanos tienen un lugar único en la creación. Cuando Dios creó a personas humanas, Él dijo que su creación fue muy buena. El Catecismo nos enseña que el hombre es la “cima” de la obra del Creador. El hombre es la “única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma; sólo el hombre está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad” (Catecismo de la Iglesia Católica 356). Hecho en Su Imagen, “Dios creó al hombre en su propia imagen, en la imagen de Dios. Él lo creó a él, hombre y mujer. Él los creó” (Génesis 1:27). Que estamos creados en la imagen de Dios no significa que nos parezcamos a Él. Mejor dicho, significa que los seres humanos fueron creados con intelecto, libre albedrío y la capacidad de amar.

Esto significa que nosotros podemos:

- › usar nuestra razón para saber cosas
- › elegir entre el bien y el mal
- › amar a Dios y al uno con el otro

Estos regalos que hemos recibido de Dios nos permiten entrar en una comunión con otras personas y, por la gracia, entrar en una relación con Dios Mismo. De todas las criaturas en la tierra, solamente el hombre puede participar en la vida divina de Dios. Esta capacidad es la razón por la cual nosotros decimos que el hombre fue creado en la imagen y semejanza de Dios.

Cuerpo y Alma

“Entonces el Señor Dios moldeó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en sus fosas nasales el aliento de vida; y el hombre se convirtió en un ser viviente” (Génesis 2:7). Como este versículo de las Escrituras nos muestra, el hombre está creado con ambos un cuerpo y un espíritu. Somos parte del mundo físico (las cosas que podemos ver y tocar) y parte del mundo espiritual (lo que es invisible al hombre e inmortal). “El cuerpo del hombre participa de la dignidad de la ‘imagen de Dios’” (Catecismo de la Iglesia Católica 364). La intención es que la persona humana entera se

convierta, en Cristo, en un templo del Espíritu Santo. Por lo tanto, no debemos pensar en nuestros cuerpos, como muchos piensan hoy, como si fueran “cáscaras vacías” que albergan a nuestras almas. Debemos honrar y respetar a nuestros cuerpos. El alma es lo que trae vida al cuerpo. El alma es “lo que hay de más íntimo en el hombre y de más valor en él; aquello por lo que es particularmente imagen de Dios” (Catecismo de la Iglesia Católica 363). Nuestras almas son donde encontramos nuestra capacidad de conocer, elegir y amar. Aunque los padres participan en el acto de creación (llamado procreación) al producir niños, el alma de cada persona está creada inmediatamente por Dios Mismo. Los padres no producen el alma de su niño.

Cuando el cuerpo se degenera más allá de cierto punto, el cuerpo muere, pero el alma no muere. Un alma espiritual vive para siempre – ya sea en el Cielo o en el infierno. Al final del tiempo, Dios reunirá al cuerpo con el alma, y de nuevo el hombre existirá como Dios lo creó.

El lugar único del hombre en la Creación

El hombre es la única parte de la creación de Dios que participa tanto en el orden material y espiritual. Porque tenemos almas inmortales estamos por encima de todo el resto de la creación material. Los animales no tienen almas inmortales y no pueden razonar, elegir libremente y amar como nosotros podemos. Los ángeles, por otra parte, son espíritus puros creados. Ellos no tienen cuerpos. De esta manera, los seres humanos forman un puente entre la creación material y la espiritual.

El hombre también fue creado únicamente en un estado de Santidad Original y Justicia

Original. Dios le dio a Adán y Eva todo el conocimiento que ellos necesitarían, y sus libres albedríos no tenían tendencia a pecar. Ellos eran los amigos de Dios y participaban en Su vida divina. En otras palabras, ellos estaban llenos de gracia. La gracia es la vida de Dios en nuestra alma. Es un regalo gratis de Dios, y es necesario para cualquier persona vivir eternamente con Él en el Cielo. Al estado de gracia original de Adán y Eva se le llama Santidad Original. Justicia Original significa que toda la creación estaba en armonía, y nada en la creación podía afectar a Adán y Eva. Ellos nunca se enfermarían, sufrirían o morirían.

Caídos de la gracia

Pero Adán y Eva usaron su libre albedrío para rebelarse en contra de Dios. Tentados por el demonio, comieron del uno y único árbol que Dios les dijo que no comieran. La Iglesia llama al pecado de Adán y Eva Pecado Original. Se le llama original porque sucedió en el origen del hombre y se le pasa a cada persona en su origen. El Pecado Original tuvo grandes consecuencias. Adán y Eva perdieron su estado de Santidad Original. La gracia que llenaba sus almas se había ido, y sus libres albedríos tenían tendencia al pecado. Sin gracia, las puertas del Cielo estaban cerradas para ellos. También perdieron el estado de Justicia Original: la armonía que existía entre ellos y toda la naturaleza se perdió. Ellos tenían que irse del paraíso y vivir una vida de ignorancia, trabajo duro, y sufrimiento. Ellos experimentarían enfermedad y muerte. Ellos no tenían esperanza de ver a Dios de cara a cara (lo que se llama la Visión Beatífica) y de vivir para siempre con Él en el Cielo. Adán y Eva eran personas reales. Como descendientes

de Adán y Eva, todas las personas nacen en el estado de Pecado Original – no en el estado de Santidad Original y Justicia Original.

La Historia Se Desarrolla

Que historia tan triste sería esta si terminara aquí. ¡La buena noticia es que no terminó!

Dios entró en una serie de pactos con la humanidad por los cuales gradualmente Él reveló más, en palabras y hechos, de Si Mismo y nos trajo más profundamente a una relación con Él. El Salvador –

Su Hijo, Cristo Jesús – vendría a conciliar a Dios y al hombre, y a abrir las puertas del Cielo a todos los que confiaron en Él.

LLAMADOS A SER SU PUEBLO, PROMETIDO UN SALVADOR

LECTURA DE FONDO



La historia de la Fe Cristiana es una historia de amor, y los personajes principales son Dios y su pueblo. Como cualquier historia épica de amor, la historia de nuestra Fe está llena de descubrimiento, generosidad, ternura, intimidad, drama, dolor, culpa, merced y perdón. Pero a diferencia de cualquier otra historia de amor, Dios, el perseguidor, es infaliblemente fiel a Su amado, Su Pueblo Elegido, nosotros, a pesar de la persistente infidelidad de Su Pueblo Elegido.

Nosotros encontramos esta historia de amor ante todo en las Escrituras. La Biblia es el registro escrito de la historia de nuestra salvación. Nosotros llamamos a esto la Historia de Salvación porque Dios se dio a conocer en maneras específicas, para preparar a Su Pueblo para el regalo de la salvación. Dios eligió para Él un pueblo a quien Él revelaría Su plan para la salvación. Estas gentes – los Israelitas (los judíos) – fueron los que por medio de ellos vendría el Salvador. Este tiempo en la historia de la gente de Dios fue un tiempo para esperar y preparar. Fue un tiempo para comenzar a conocer al Dios de

toda la creación y de venir a entender el plan de Dios para la salvación.

Una Pareja Santa: El Pacto Con Adán

Dios entró en una serie de pactos, o promesas solemnes que crean lazos familiares, con la humanidad. El primer pacto fue con el primer hombre, Adán. Dios estableció a Adán en el Jardín del Edén, le dijo que lo cuidara, y llamó a Adán a participar en Sus bendiciones en el pacto matrimonial. Adán era libre de comer de cualquier árbol menos uno. Adán rompió los términos del pacto con su desobediencia. Pero como aprendimos en la lección 3, Dios no abandonó a sus hijos después de la caída. Su merced se continuaba a revelar por medio de pactos con Noé, Abrahán, Moisés, y David, en definitiva se cumpliría en Cristo Jesús.

Una Familia Santa: El Pacto Con Noé

Muchos años después que Adán y Eva pecaron, la humanidad se había convertido en corrupta

casi por completo. Dios decidió inundar la tierra y comenzar de nuevo. Dios seleccionó a Noé, un hombre justo, para construir un arca para preservar a dos de cada animal. Dios prometió proteger a Noé y a su familia de las aguas del diluvio y prometió que nunca inundaría a la tierra de nuevo. Una señal de este pacto es el arcoiris.

Una Tribu Santa: El Pacto Con Abrahán

En Génesis 12:1-3, Dios le dio a Abrahán una bendición triple: “El Señor le dijo a Abrahán: Sal de tu tierra, deja a tus parientes y la casa de tu padre y sal a una tierra que Yo te mostraré. Yo haré de ti una gran nación, y Yo te bendeciré; Yo haré tu nombre grande, para que tu seas una bendición. Yo bendeciré a los que te bendicen y maldeciré a los que te maldicen. Todas las familias de la tierra encontrarán bendición en ti.” Dios hizo tres promesas a Abrahán: una tierra (o nación), un nombre (o dinastía), y una bendición mundial. Dios le dijo a Abrahán (que en ese entonces tenía 100 años) que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas en el cielo. Un año después, Sarah, la esposa de Abrahán, dio a luz a Isaac. Dios probó la fe de Abrahán diciéndole que ofreciera su único hijo como un sacrificio. Abrahán obedeció, y Dios salvó a Isaac y recompensó a Abrahán por su gran fe. Isaac se casó y tuvo dos hijos; uno de ellos, Jacob, tuvo 12 hijos. Dios más tarde le cambió el nombre de Jacob a Israel, y de sus hijos vinieron las 12 tribus de Israel.

Una Nación Santa: El Pacto Con Moisés

El cumplimiento de la promesa de Dios a Abrahán de una tierra/nación se cumplió en el

pacto Mosaico o el pacto con Moisés. Muchos años habían pasado y el Pueblo Elegido de Dios en Egipto se habían convertido en esclavos. Dios seleccionó a Moisés para ser el instrumento de su liberación a la Tierra Prometida. Dios se le apareció a Moisés en un arbusto que se estaba quemando pero que no se consumía por las llamas. Dios le dijo, “¡Ve, ahora! Yo te estoy mandando al Faraón para traer a mi pueblo, los Israelitas, fuera de Egipto” (Éxodo 3:10). La historia del Éxodo contiene algunos de los más impresionantes Milagros de Dios: la Pascua, la separación de las aguas del Mar Rojo, y la revelación de los Diez Mandamientos. Los Diez Mandamientos se convirtieron en los términos del Pacto con Su Nación Santa: los Israelitas. Como siempre, la gente no fue siempre fiel a los mandamientos de Dios, pero Dios cumplió su promesa. Después de años vagando por el desierto, llegaron a la Tierra Prometida de Canaán, que Dios le prometió a Abrahán en Génesis 17:8.

Un Santo Reino: El Pacto Con David

El cumplimiento de la promesa de Dios a Abrahán de un nombre/dinastía fue realizado en el pacto Davídico (o el pacto con David). El Rey David descendió de Judá, uno de los 12 hijos de Jacob. Dios habló por medio del Profeta Nathan como se escribió en 2 Samuel 7 al igual que resumido en 1 Crónicas 17:11- 14: “Cuando tus días han llegado a su conclusión y debes reunirte con tus antepasados, Yo cuidaré tu descendencia que será uno de tus propios hijos, y Yo estableceré su reino. Él es el que me construirá una casa, y yo estableceré su trono para siempre. Yo seré un padre para él, y él será un hijo para mí, y yo no retiraré

mi favor de él como Yo lo retiré del que vino antes que tu; pero Yo lo mantendré en mi casa y en mi reino para siempre, y su trono estará establecido firmemente para siempre.” Dios prometió que el Mesías vendría de la línea de David y que Su trono sería para siempre.

Un Pueblo Esperando

Aún después que Dios hizo un pacto con David, el hijo de David, Salomón, no se mantuvo fiel. Después de un tiempo él cayó en la idolatría y oprimió al pueblo. El resultado fue conflicto, división, y exilio. Durante ese tiempo Dios envió a muchos profetas para que hablaran por Él: para predicar Su palabra y llamar a los judíos al arrepentimiento. Finalmente, ellos fueron traídos de nuevo a su tierra y pudieron reconstruir y continuar esperando por el Mesías prometido.

Todo este tiempo, Dios estaba preparando a Su gente elegida para una liberación aún mayor por venir; la prefiguración de la liberación del Nuevo Pacto que se realizaría por medio de Su Hijo, Jesucristo. El Nuevo Pacto en Cristo cumpliría todos los otros pactos y ofrecería vida eterna a todos los creyentes.

Desde la época del pecado de Adán y Eva, hasta el Nacimiento de Jesús en Belén, la gente esperaba. Ellos tenían fe en la promesa de Dios y le permitían a Él que los cambiaran y los prepararan para Su gran salvación. Nosotros también somos un pueblo en espera. Y como los Israelitas, para nosotros poder recibir plenamente la libertad del pecado que Jesús nos ganó en la Cruz, nosotros también debemos permitir a Dios que nos convierta y prepare nuestros corazones para que se llenen más y más con Su gracia.